

AUTORRETRATO

Trilogía

1. ¡Grrr!

La pequeña ¡Grrr! pensaba que, para dibujar bien, lo que había que hacer era dar con el instrumento adecuado. Si sus dibujos no eran los más bonitos, no era porque no supiera hacerlo mejor —¡qué va!—. Era porque el lápiz que tenía no servía para nada.

Cuando ¡Grrr! veía que alguien hacía un dibujo estupendo con un lápiz vulgar, se decía que debía de tener truco. Tal vez la mina era de diferente dureza, o el papel menos satinado que el de ella. Entonces se dirigía a una papelería y preguntaba por posibles variantes.

¡Grrr! se abalanzaba sobre todos los instrumentos de dibujo que se le ponían al alcance de la mano y los probaba esperanzada, para luego desecharlos con bastante mal humor.

El caso es que, a fuerza de probar y probar lápices, bolígrafos, rotuladores, portaminas, pinceles, plumillas y hasta barras de labios y tizas (todo, en fin, lo que puede servir para dibujar), la mano de ¡Grrr! se fue domesticando, ella adquirió destreza, y acabó por convertirse en una dibujante maniática, pero medianamente correcta.

2. Los malos dibujos de Alejandro Quermaz

Alejandro Quermaz se quedó boquiabierto el día en que escuchó la asombrosa revelación que le hacía su maestro. Según su profesor de pintura, cada individuo lleva dentro de sí un cupo determinado de «malos dibujos». Para uno podían ser mil, para otro setecientos, quinientos o diez mil. Lo importante —insistía— es quitarse de encima cuanto antes todos los «malos dibujos» que uno lleva dentro (y que tenderán, invariablemente, a apilonarse al inicio de una carrera), para que luego afloren los buenos.

Alejandro pintó mucho ese año. Y



Gabriela Rubio

los cuatro siguientes también. Consiguió reunir trescientas cincuenta y ocho malas sanguinas, alrededor de mil quinientos carboncillos horriblos, cincuenta y tres pinturas al óleo (garrafales) y un total de hasta siete mil cuatrocientos dos apuntes a lápiz, plumilla, pincel y otras técnicas varias —todos desastrosos—. También obtuvo tres buenos resultados, el mejor de los cuales agrupaba unas cuantas correcciones de su maestro. Lo malo es que todos ellos pertenecían a su primer período.

Finalmente, abandonó la carrera, no sin cierta desazón, pues siempre le quedó la duda de cuántos «malos dibujos» le quedarían por hacer, no sabiendo qué respuesta le desconsolaba menos: si *pocos* o *muchos*.

3. María

María tenía un hermano pequeño que dibujaba barcos, aviones, submarinos, naves espaciales, edificios y montañas de cosas interesantes. Lo hacía en posturas inverosímiles: en la cama, apoyándose sobre el codo del mismo brazo con que dibujaba, o en el suelo, sentado con las piernas cruzadas. Además, aplastaba y arrugaba los papeles que utilizaba sin el menor pudor. Su hermana se horrorizaba ante aquello, porque no entendía que se pudiera poner nada correctamente sobre un papel sin tenerlo bien liso delante. Pero cuando *ella* cogía un folio y lo extendía sobre su mesa, se quedaba tan en blanco como el papel. Ordenaba los lápices según sus colores, por tamaños, o les sacaba punta. Luego abría un libro y copiaba, con tremendo virtuosismo, al Pato Donald o una Pantera Rosa. Todos decían que María dibujaba muy bien —pero ella sospechaba que su hermano lo hacía muchísimo mejor, aunque los adultos no siempre supieran darse cuenta—.

María creció y su hermano dejó de dibujar, pero ella siguió preguntándose qué hacía que las imágenes fluyeran de su mano con aquella inmediatez.

Después de muchos esfuerzos, María ha llegado a la conclusión (bastante obvia) de que, para poner un montón de cosas interesantes sobre un papel, lo primero es tener un montón de cosas interesantes dentro de la cabeza: y volver a ser pequeño en el sentido de que, nuevamente, te importe más explicar lo que quiera que expliques con tu dibujo, que hacerlo para que quede *bonito, muy bien hecho*, o todas esas boberías.

Bibliografía

Faycan, Las Palmas de Gran Canaria: Ediciones del Cabildo Insular Canario, 1993.

Bzzz..., Barcelona: El Arca de Junior, en prensa.

TINTA FRESCA
AUTORRETRATO



